PODER DE INFORMAR. PODER DE DESINFORMAR: ASPECTOS ACTUALES, TECNICOS Y SOCIALES

por MARIA FRAGUAS DE PABLO*

INTRODUCCION

Me van a permitir que antes de entrar en el entorno concreto de la Desinformación traiga a este foro los ecos de otro foro que se viene ocupando con rigor del estudio de las bases que posibilitan una comunicación asintóticamente veraz y efectivamente profesional. Se trata de las Jornadas Internacionales sobre Comunicación que ha organizado durante los dos últimos años la Universidad de Navarra en Pamplona.

La ponencia del profesor Bettetini sobre "Los mitos de la objetividad, la neutralidad y la profesionalidad en la información", leída en las celebradas este año, tiene una relevancia técnica esencial y me sentiría desinformando si la omitiera.

El título de esta ponencia puede dar lugar a una errónea interpretación sobre las intenciones del autor. No se trata, ni mucho menos, de una tesis en línea con los autores alemanes que niegan la posibilidad de obtener la objetividad y neutralidad en los mensajes. Lo que sostiene es que estos fundamentos de la información son, en las circunstancias actuales, casi un mito.

Sólo el esfuerzo común y la buena voluntad pueden corregir estas omisiones, y cita como ejemplo de tal esfuerzo la Escuela Superior de las Comunicaciones Sociales para los licenciados de la Facultad de Letras y Filosofía de la Universidad Católica de Milán, al que yo añado la Universidad de Navarra en su Facultad de Ciencias de la Información.

Desarrolla, en primer lugar, una crítica acérrima a los actuales sistemas comunicacionales: "Cuando el proyecto de una comunicación es masificada en virtud de presupuestos ideológicos o comerciales, las instancias de la VERDAD casi siempre se subordinan a las del éxito de la interacción... *El problema de la verdad se considera como secundario*, como una instancia optativa difícilmente conseguible".

Y dice también:

"Propiamente las tres grandes instituciones, guías elaboradas por el pensamiento iluminista —el partido político, la universidad estatal y el periodismo—, aparecen hoy como heridas por una crisis radical de motivación y de efectualidad. Inmersos en una sociedad que ha hecho del signo sin referencia su fundamental objeto de intercambio, intentan guardar sus privilegios y funciones construyendo simulacros autorepresentativos, que muy poco corresponden a su manera de ser y de actuar. Por una parte,

* MARIA FRAGUAS DE PABLO: Doctora en Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid y profesora de la misma. Autora de libros, entre ellos "Teoría de la Desinformación" (1986).

entonces, las instituciones, sus representantes y los operadores de los *mass-media* se rehacen continuamente a los problemas de la VERDAD y de la deontología; por la otra, se sigue produciendo a difundir y a consumir sin tener en cuenta estos aspectos del discurso. Y en esta situación caótica y contradictoria se apuntan también las opciones teóricas, que a menudo obligan IDEOLÓGICAMENTE el juicio del actual ejercicio de los *media*, basándose sobre presupuestos indemostrables y, muchas veces, desprovistos de cualquier tipo de evidencia. Como las instancias de un amplio sector de los estudios semióticos, que intentan sustituir los *problemas de la verdad* con los de una especie de contratación entre los interlocutores: *un acuerdo fiduciario sobre lo que se puede considerar verdadero* y sobre los relativos efectos del discurso (efectos que, por eso, son definidos como 'veridictivos')".

Sin embargo, el primer responsable de la VERACIDAD, mencionado en la Constitución española, es el mismo poder: "Si la sociedad renuncia a lo Verdadero y a lo ético, especialmente en sus interacciones comunicativas de masa, no pueden renunciar quienes asumen el papel político de la organización, de la guía, de la legislación, o el papel cultural de la realización, o el papel operativo de la difusión de información y del control de la opinión pública; no pueden renunciar, por lo menos, a nivel del discurso y del debate: a nivel de legitimación simbólica, que muchas veces se queda alejada de una realista consideración del existente".

Poder y *media*, sin embargo, no son los únicos responsables de la calidad de la comunicación. Para Bettetini es esencial la *colaboración del receptor*. Justamente por la carencia de cohesión existente entre los poderes y los *media*, dice "parece que toda instancia de eticidad relativa a las comunicaciones de masa, es de momento más realísticamente concentrable en el comportamiento de los usuarios..., éstos tendrían que acercarse menos al juego superficial del consumismo y más al nivel de la *elección responsable* y culturalmente fundada".

Reprocha el impacto superficial y acrítico que el público acepta, la superabundancia de mensajes (nos remite a la "infopolución" de J.J. Servan-Schreiber: "El deseo omnívoro de información" o a "los rechazos nauseantes de toda relación de verdadera comunicación").

Reprocha tanto a los *media* de practicar la "evasión" lúdica como a los receptores de aceptarla, en vez de efectuar una verdadera interacción comunicativa. Los reproches, como vemos, van dirigidos a las condiciones comunicativas de los regímenes liberales. Son estos fallos los que permiten el progreso de campañas desinformativas, vengan de fuera o de dentro de la nación respectiva.

Por consiguiente, se hacen imprescindibles los intercambios de opiniones libres sobre las características y las funciones de los nuevos *media* de comunicación. Ni el sujeto colectivo, ni el individual pueden hoy eximirse de *vivir responsable y críticamente el cambio*.

Estamos completamente de acuerdo con Bettetini y así nos hemos extendido ampliamente en realzar la necesidad de practicar constante e inteligentemente la crítica. Pero nos parece que los primeros responsables son justamente las tres instituciones mencionadas por el autor. La Universidad (estatal o no), que tiene que infundir a todos los niveles el *espíritu crítico*; el partido político, que tiene que exigirlo a sus seguidores en vez de

una sujeción ciega a una ideología, y, finalmente, a la prensa, que debería fomentar el espíritu crítico de sus lectores en vez de propiciar su cómoda complacencia.

Es evidente que en nuestras sociedades de tendencia consumista ésta alcanza también al consumo de la información. Y es imprescindible que los responsables de esta información tomen la iniciativa de fomentar el espíritu crítico de manera eficaz y operativa.

El autor llega a sugerir que la relación emisor-receptor es como una especie de contrato de veracidad para, por un lado, "hacer creer verdadero" lo que se dice y, por otro, hacer llegar a la "disponibilidad de creer verdadero lo comunicado".

El mismo autor constata que el transmisor reviste un papel mucho más potente que el destinatario, porque adquiere una imagen carismática de detentor del derecho de informar, una imagen institucional, socialmente legitimada. Aquí reside el peligro: cuando este emisor, por razones de intencionalidad ideológica, política, comercial, etc., se transforma en *desinformador*, su acción desinformativa se beneficia de la calidad "carismática" mencionada por Bettetini.

Queremos precisar que no llega a emplear el término "desinformar". Sin embargo, utiliza profusamente el término "manipulación". Pero gran parte de sus temas interesan directamente la actividad desinformativa. Cuando dice que "se pueden verificar los casos de un proyecto de receptor obligado hacia una elección necesaria en un ámbito de persuasión, o desplazado, estorbado, atado a las ambigüedades de un texto y finalmente engañado, estafado"... enumera en el fondo los resultados de una buena campaña desinformativa que transforma al receptor en una persona cuyas ideas, reacciones y opiniones van a corresponder perfectamente con las intenciones del emisor/desinformador.

Para que eso no suceda, Bettetini pide la "pariteticidad" entre el receptor y el emisor, que el sistema permita una verdadera comunicación entre los dos. El receptor puede y tiene que ser proyectado como actor al mismo nivel de quienes transmiten; es más, puede y debe ser correctamente ayudado.

Hace también una afirmación que implica importantísimas consecuencias: "En el fondo, el sistema de comunicaciones de masa reproduce casi siempre el sistema social en que actúa; cada sociedad tiene la información, la diversión colectiva y la industria cultural que se merece".

Nos permitimos una breve observación sobre la última afirmación. Es evidente que la historia nos ofrece casos en los cuales la llegada al poder de un partido totalitario impuso una situación a la respectiva sociedad. Es, por consiguientes, injusto decir que esta sociedad se "merece el régimen comunicacional" que un grupo de poder totalitario haya conseguido imponerle.

Ahora bien, es sin embargo perfectamente correcto mantener que el sistema comunicacional reproduce el sistema no sólo social, sino político en el que actúa. Así, en un país totalitario será totalitario y el sistema comunicacional de un país liberal, será liberal. Por eso no entendemos muy bien por qué el autor dedica varios párrafos a la crítica, qué duda cabe justificada, del régimen comunicacional en los países democráticos, y apenas

alguna al régimen comunicacional en los países totalitarios, salvo ligeras alusiones al efecto de la terna componente "ideológica".

Nos parece que en esta materia y parafraseando la famosa "boutade" de Churchill de que "el régimen democrático es el menos malo de todos los regímenes posibles", podríamos decir que el régimen comunicacional liberal es el menos malo de todos los posibles...

Sigamos con el largo añadido:

"...todo el sistema de comunicaciones de masa en los países de economía occidental se basa sobre los principios de una especie de 'religión de la libertad'..."

Sigue afirmando el autor:

"...El principio acrítico de la libertad causa siempre *situaciones de liberalidad*, pero de modo especial en el campo de las comunicaciones de masa. El ejercicio absolutista de la liberalización, justa, del derecho de palabra, no puede sustraerse de otras formas axiológicas de referencia y de control social, pues así termina por concentrarse aquél en las manos de *pocos centros de poder*, cada vez más empeñados en aceptar cuanto hay de positivo y útil para su supervivencia y para su desarrollo en la libertad de los demás, y en marginar si no en combatir (exactamente aquí está el espacio de persuasión al que mencionábamos antes) los elementos evaluados como negativos. Por un lado los productores-difusores de los mensajes pueden actuar sobre los consumidores *convenciéndoles a una delegación* o, mucho más, al reconocimiento de una fatal atadura con un papel de dependencia y pasividad; por otro, los usuarios *pueden liberarse de la responsabilidad crítica* y predisponerse para dejarse usar y, sobre todo, para dejarse persuadir (N.P. para dejarse desinformar) ...y todo eso en nombre de la libertad, que puede transformarse, en estos ámbitos, en un determinismo vulgar. Si admitimos que la libertad sea la fuente originaria del valor, que sea el valor mismo, la tarea de una ética de la comunicación se reduce a una *descripción de técnicas para la persuasión del prójimo*: los principios corren el riesgo de transformarse en técnicas y las ciencias humanas en aparatos tecnológicos del convencimiento, en sucursales de la retórica"...

En este largo añadido, que reproducimos por considerarlo fundamental, vemos cómo se abre impunemente la puerta a una perpetua y organizada desinformación de los receptores.

Por ello nos parecen necesarias unas cuantas observaciones críticas a esta ponencia. La expresión "religión de la libertad" y el adjetivo "totalizante" resulta paradójico e incluso ligeramente desinformativo. En los regímenes democráticos la potencialidad se puede adquirir y no se limita a un solo grupo dirigente como en los países totalitarios. El autor admite que donde hay varios centros de poder, la situación no es la misma que donde hay un único centro. ¡Cuántas veces vemos en Occidente enfrentamientos entre los diferentes centros de poder! Desde el dominio de la comunicación; prensa contra gobierno; entre partidos políticos o dentro del mismo complejo estatal, entre Legislativo y Ejecutivo, y desde el núcleo de la cúspide ejecutiva para comprobar quién ha desinformado sobre un determinado asunto.

A continuación el autor habla del "principio acrítico de la libertad", expresión que no compartimos, ya que la libertad implica en primer lugar la libertad de criticar, incluso de criticar la libertad misma, como hace el autor.

En cambio acierta cuando dice que se puede llegar a situaciones de "iliberalidad". Pero no precisa lo que entiende por el "control social" que impide llegar a formas de "iliberalidad". ¿No existe el riesgo de que este mismo "control social" sea una forma de "iliberalidad" llegando así a la paradójica situación que Revel describe irónicamente: "suprimir la libertad para salvarla"? ...

No encontramos en el texto de Bettetini alusión alguna al fenómeno inherente a las sociedades liberales que garantiza en grado máximo la libertad; la defensa expresa ante los abusos informativos y ante la desinformación. Nos referimos al principio de retroacción o *feed-back*, que caracteriza todo conjunto organizado, sea individuo, sea sociedad. Norbert Wiener, padre de la cibernética, veía en la comunicación un vínculo social fundamental que se puede analizar cibernéticamente y que tiene sus propios procesos de retroacción que, en una sociedad liberal, tienen que ser muy eficaces, oponiéndose al control excesivo y paralizante de la comunicación, no solamente por parte de un centro de poder estatal, sino también de los posibles centros de poder periféricos.

A la prensa le corresponde un papel importante en el proceso de retroacción. Y a su vez, formando un centro de poder periodístico o televisivo, éste motivará actividades retroactivas desde otros órganos de información, desde otros emisores.

Los ejemplos de retroacción informativa son constantes en los países democráticos y pueden limitarse a las fronteras de un mismo país, o pueden cruzar estas fronteras y cubrir todo el entorno internacional. La desinformación del Ejecutivo francés en el asunto *Greenpeace* no fue combatida solamente por parte de la prensa francesa, sino también por la australiana directamente interesada en el asunto.

Evidentemente la retroacción no se ejerce siempre en el sentido ético de combatir la desinformación. Hay casos en los que la acción de *feed back* es la que trata de desinformar. El caso del aceite de colza comentado por *Pravda* es un buen ejemplo. Pero aunque exista este riesgo, no podemos menospreciar la posibilidad permanente de que en los países de Occidente se desarrolle una retroacción comunicacional que garantice la viabilidad de un régimen de libertades.

En relación con la desinformación, esta premisa es fundamental, porque posibilita la acción informativa llevada por la entidad o el conjunto que sea (periódico, radiotelevisión, asociaciones, editoriales, etc...) contra intentos desinformativos derivados incluso del centro de poder estatal. La característica esencial de las democracias occidentales es esta permanente posibilidad de retroacción informativa que impide que campañas o estrategias desinformativas puedan obtener la eficacia necesaria para acabar con la libertad de informar y el derecho de ser informado verazmente.

EL ENTORNO INTERNACIONAL DE LA DESINFORMACION

Creemos que para comprender mejor el aspecto del actual entorno internacional de la desinformación es útil ver cómo y *por qué se había llegado a la actual situación.*

En 1945 cesan los combates con la derrota total de Alemania y Japón. Se trata de "construir la paz". Hay una serie de documentos oficiales que los pueblos angustiados leen llenos de esperanza. El primero de ellos es la Carta Atlántica en la cual se establecen algunos objetivos de paz: renuncia a la violencia y a las conquistas territoriales; oposición a cambios territoriales sin el consentimiento de las poblaciones respectivas; restablecimiento de la soberanía y la libertad en las naciones que han sido privadas de ellas; cooperación mundial para la mejora de las condiciones sociales y económicas de todos los pueblos; renuncia al uso de la guerra y desarme de los agresores... La Carta Atlántica constituye como bien sabemos, la base del Acta fundamental de las Naciones Unidas, firmada en 1942.

Voy a repasar de cerca el tema de la Carta Atlántica no solamente porque nos ayudará a comprender mejor el actual estado conflictivo y de tensión comunicacional, sino porque en sí mismo ha sido uno de los ejemplos más patentes de desinformación con las más amplias y duraderas consecuencias internacionales.

¿Qué era en realidad la Carta Atlántica?

Roosevelt y Churchill se habían reunido el 15 de agosto de 1941 a bordo de un acorazado en aguas de Terranova. Agotados los temas bélicos y en pleno acuerdo, elaboraron al efecto un texto para la prensa en el cual no se mencionaron los compromisos bélicos norteamericanos. Era una referencia a la Ley de Préstamo y Ayuda que iba acompañada de la declaración de principios referente a la postguerra.

Ulteriormente se ha sabido que el famoso documento no había sido otra cosa que un simple borrador transmitido a los radiotelegrafistas de los buques de guerra norteamericanos e ingleses que lo difundieron y que no llevaba firma alguna.

En diciembre de 1944 los periodistas preguntan a Roosevelt por el famoso documento y el Presidente contesta que jamás había existido un documento completo firmado por él y por el "premier" inglés. De aquel borrador, cuyo texto había sido difundido por los radiotelegrafistas, "no creía que existiera ninguna copia" (1). Durante tres años el mundo había considerado este texto como la Carta Magna de la paz futura, solemnemente firmada por los líderes de las dos grandes potencias democráticas, y no era más que un documento amañado, un instrumento de propaganda, cuya reproducción sobre la pared del Museo de Washington desapareció poco después de las citadas declaraciones de Roosevelt.

Pero la *desinformación* referente a la Carta Atlántica no se limita a su *forma*, sino también al *fondo*. La forma hubiese podido ser defectuosa, pero las promesas en ella contenidas hubieran podido corresponder a las verdaderas intenciones y a los esfuerzos de los políticos aliados, ya que no se aplica a ninguno de los pueblos incluidos total o parcialmente en la esfera de influencia soviética.

Letonia, Estonia y Lituania son borradas sencillamente del mapa, integrándolas en el territorio soviético sin más miramientos. Respecto a los

(1) El histórico texto se exhibía en una pared del Museo Nacional de Washington, debidamente aislado y enmarcado, como si se tratase de la Carta Magna o de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos. Ante él desfilaban millares de visitantes a diario en respetuosa atención.

otros países, los vencedores, con ocasión de una agradable velada en el Kremlin (octubre de 1944), se reparten sus influencias respectivas: De Rumania: Rusia 90%, los aliados 10%; de Yugoslavia y Hungría: Rusia 50%, los aliados 50%; de Bulgaria: Rusia 75%, los aliados 25%; de Grecia: los aliados 90%, Rusia 10%.

La acción desinformativa aliada tuvo un éxito total: consiguió atraer a varias naciones neutrales; pudo eludir, hasta asegurada la victoria, los temores de los vecinos de la URSS y logró aniquilar al Eje, que era el objetivo fundamental. La paz, en cambio, no se parece en nada a la descripción que de ella se había hecho en la Carta Atlántica.

Dos fueron las principales consecuencias de la paz alcanzada en las condiciones que acabamos de exponer: Una, la situación internacional de permanente conflictividad, dominada por el enfrentamiento de las dos superpotencias, que llegó a un verdadero "equilibrio del terror", en el esfuerzo de cada una de ellas por mantener la superioridad o al menos la igualdad de posibilidades nucleares.

En segundo lugar, la postguerra influye profundamente en el dominio de la información, pero si en el terreno de las armas materiales se puede eventualmente hablar de equilibrio, en lo que se refiere a la desinformación la característica fundamental se realiza en un profundo desequilibrio informacional.

Si en Occidente predominan los regímenes de libertad de información, en el bloque soviético y algunas dictaduras los medios de comunicación siguen siendo enteramente estatales y en manos de un único partido. Este desequilibrio produce importantes consecuencias referentes a la desinformación.

La manipulación informativa que por motivos de política interna o externa practican los propietarios-empresas de los medios de comunicación y de las fuentes informativas, no tendrá correctivo posible. Se ha explicado que la entrada de las tropas soviéticas en Hungría, en 1956, era para oponerse a un golpe fascista y ningún periodista podrá contar que los sublevados eran realmente el pueblo húngaro. Esta ausencia de retroacción informativa, de *feed-back* como se suele decir en cibernética, es muy cómoda para los gobernantes.

En Occidente hay libertad de información, pero eso no significa que no se practique la desinformación ejercida en todo poder democrático, autoritario o totalitario. Lo que sí distinguirá a los regímenes democráticos es que posibilitan la retroacción informativa; y a una campaña desinformativa, aunque originada por el propio poder, se pueden oponer amplias acciones que persigan restablecer la información correcta. Un buen ejemplo lo hemos tenido recientemente en el llamado escándalo "Irangate" en Estados Unidos.

La Administración estadounidense practicó la desinformación en su forma más sencilla: la omisión. Pronto se pusieron en movimiento las fuerzas de retroacción informativa. Campañas de prensa, comités de encuesta, testimonios públicos, espacios televisivos, etc... Nos parece, sin embargo, que en esta misma acción había también un elemento desinformativo relacionado con la motivación. No se trataba solamente de desenmascarar las manipulaciones informativas de la Administración, sino que el grupo democrático pretendía marcar puntos en el dominio del enfrentamiento partidista, comprometiendo al Presidente de la nación.

Un caso parecido lo estudiamos en Francia con el asunto *Greenpeace* del que ya hemos hablado. La manipulación de las noticias por parte de la Administración francesa contraataca la de los *media*. Tanto en un caso como en el otro se plantea la pregunta: ¿la razón de Estado legitima la desinformación de la opinión? Todos los Estados la invocan en ciertos casos y está ciertamente justificada cuando la información podría ser utilizada por el enemigo potencial, o poner en peligro la vida de los ciudadanos. Este caso se ha dado en España cuando una reciente información referente a una persona determinada de la cual el informador afirmaba estar relacionada con la policía, tuvo como consecuencia el asesinato de esta persona por parte del grupo terrorista ETA.

Así se plantea en los países occidentales el problema de la responsabilidad del periodista y particularmente a su necesaria oposición a la práctica desinformativa, sobre todo en relación con casos de seguridad personal o nacional.

Hemos ya mencionado el seminario que sobre este tema se ha celebrado en Pamplona (Navarra) los días 5 al 7 de noviembre. En él se han sentado las bases para fijar las características de un profesional de la información ante su responsabilidad personal o pública, social y jurídica.

Un profesional del bloque soviético comparte enteramente la responsabilidad con el partido que se la ofrece; el subdirector de TASS expresaba hace poco más de un mes al diario *El País*: "Nunca me han dicho lo que tenía que escribir". Un poco más adelante, sin embargo, explica: "Lo que más me preocupa en la actual situación es la autocensura".

Creemos que la actividad del periodista debe desarrollarse en un ambiente de total libertad, lo que nos conduce a la cuestión importantísima: ¿La libertad de informar comprende también la de desinformar? Afirmar sería abrir las compuertas a todos los abusos; negarla implicaría el montaje de mecanismos de control que podrían constituir la inicial expresión de una inclinación totalitaria. Lo correcto sería encontrar la convergencia entre las dos situaciones genuinas de las democracias: el pluralismo de opiniones y doctrinas y la libertad de expresarlas desde los emisores a los receptores y de los receptores a los emisores. Esta convergencia pondría en marcha los mecanismos correctores de retroacción que serían movidos por la iniciativa y la competencia contra los abusos desinformativos.

Tenemos que recordar el caso de la BBC durante la guerra de las Malvinas. El gobierno inglés trataba de entorpecer la labor de los periodistas británicos negándoles no sólo el acceso a los focos principales, sino incluso el material de algunos días claves en la contienda. Con su tradicional mano izquierda los periodistas ingleses se vieron obligados a recurrir al material que les facilitaron fuentes argentinas, llegándose a una situación tan ridícula como climática, que pudo reconducirse gracias a la inteligencia de las planas mayores prensa-gobierno.

Cualquiera que sean las medidas que los Estados liberales quieran o puedan adoptar contra los riesgos de la desinformación, es indiscutible que serán siempre permeables a cualquier acción desinformativa emprendida con carácter endógeno y especialmente exógeno. Sin embargo, es cierto que los regímenes totalitarios son, por definición, casi impermeables a la información exógena, y naturalmente también a la desinformación. En relación con esta impermeabilidad totalitaria es interesante observar cómo el Diccionario

Enciclopédico Soviético (de 1953) desinforma hábilmente sobre la misma desinformación, para proteger al máximo a la opinión del país de cualquier influencia informativa/desinformativa que pudiera llegar desde Occidente. Dice el Diccionario: "Desinformación: información evidentemente falsa utilizada ampliamente por la prensa y los órganos de propaganda burgueses para engañar a la opinión pública, calumniar a los defensores de la paz, de la democracia y del socialismo, e impulsar la política de agresión imperialista". En otras palabras, la desinformación es una exclusividad burguesa, utilizada únicamente para desprestigiar y amenazar a los regímenes y organizaciones de la órbita soviética o a sus simpatizantes en Occidente.

La permeabilidad de los regímenes democráticos a las campañas desinformativas del "Servicio de Medidas Activas", antes "Desinformatsia" de la KGB, *acentúa aún más el desequilibrio informativo* entre los dos bloques. Cuando un misil Pershing se desplaza por una carretera de Alemania, se puede mencionar enseguida en todos los países. Lo que no pasa cuando un SS-20 se instala en la zona soviética europea.

También constatamos que la controversia laboral en cualquier país de Europa da lugar a amplios comentarios, informes de prensa y espacios televisivos de la prensa soviética que puede informar sobre ella. La huelga ocurrida en un país del Pacto de Varsovia da lugar a noticias ambiguas y confusas, incluso sin el apoyo de los soportes de opinión, ya sean escritos o audiovisuales.

Este desequilibrio informativo tiene las siguientes consecuencias:

1. El público occidental no está nunca informado de lo que pasa por allí.

2. El pueblo ruso no recibe más información sobre lo que pasa en Occidente que la previamente manipulada por el partido.

3. Los servicios especiales soviéticos y de otros países del bloque tienen gran facilidad para filtrar en Occidente las informaciones que les conviene y, por tanto, para practicar la desinformación en gran escala a través de sus agentes de influencia, movilizando a la opinión alrededor de temas sin importancia trascendental (Africa del Sur) y minimizando muchos de importancia capital.

4. Los occidentales tienen muy pocas posibilidades de hacer lo mismo en el bloque soviético, ya que la falta total de libertad de información impide a cualquier periodista, servicio u organización occidental influir en las opiniones o en la mentalidad del público soviético.

Dice el ex profesor de la Universidad de Leningrado Borys Groys, en su ponencia "Los medios soviéticos en la época de la GLASNOST", leída en el Aula Magna de la Universidad de Navarra, que "los *mass media* soviéticos tienen la posibilidad de criticar en medida más notable que antes deficiencias concretas de la vida social y económica de la Unión Soviética y pueden proponer remedios para su eliminación"... Este párrafo atrajo sensiblemente la atención de los allí presentes, para luego explicar que al no existir opinión pública independiente del aparato del poder y al ser la prensa el órgano de la Dirección Central del partido, esta situación sigue siendo "la pescadilla que se muerde la cola".

"No se ha imprimido durante la época 'perestroika' o 'glasnost' nada que fuera contrario a ellas a pesar de que Gorbachov ha dicho a menudo que han sido acogidas con gran resistencia en el país".

Vemos en estas palabras el eterno juego de la mentalidad oriental rusa en el campo desinformativo: un paso adelante, tres atrás, que da lugar a interesantes movimientos operacionales parecidos al ajedrez.

Nos cuenta también el señor Groys que como el soviético no cree la información que recibe, que es la oficial, recurre a la que le facilitan los canales disidentes políticos o culturales. Esta situación está neutralizada por un "verdadero ejército de 'polit-informadores' que divulgan informaciones en asambleas cerradas, que el régimen difunde —por así decirlo, clandestinamente—, y por lo general son respuestas a las informaciones occidentales no admitidas a nivel oficial".

De esta situación, dice Borys Groys, "realizada en diversos grados de sinceridad" surge una red de informaciones que "difundidas oralmente" padecen en su camino las modificaciones y deformaciones más diversas, por lo que bien merece la designación de una "red de desinformación".

La idea de que *el enfrentamiento informativo podría sustituir al enfrentamiento bélico es muy antigua*. Ya quinientos años antes de J.C. el general chino Sun Tzu (cuyo *Arte de la guerra* fue lectura predilecta de los Estados Mayores de todos los países en los años sesenta) decía que "conseguir cien victorias en cien batallas no es el colmo de la habilidad..., los que son expertos en el arte de la guerra someterán al enemigo sin combate..." Pierre Nord habla de la "guerra de recambio", demostrándonos que con una planificada estrategia desinformativa desarrollada en los países donde se practica la libre circulación de la información, se puede obtener un alto nivel de desorientación de opinión e incluso movimientos en contra de los gobiernos establecidos en ellos. Así, se pueden crear las condiciones políticas y sociales favorables no sólo a una capitulación tácita, sino a eventuales objetivos preestablecidos en la planificación de la mencionada estrategia.

Glucksman nos dice: "En el choque de ejércitos o de CULTURAS, la incapacidad para comprender los movimientos del adversario es la llave de toda derrota". Es evidente que esta incapacidad puede ser ampliamente incrementada por acciones desinformativas del mismo adversario, en un mundo de ambiente liberal donde las campañas desinformativas no tienen en realidad obstáculos serios. Se llega así a un inquietante panorama: si por un lado, en el dominio de las armas materiales, Occidente tiene una ventaja global, especialmente en lo que se refiere a los adelantos tecnológicos, en el enfrentamiento informativo, en esta "guerra de recambio" que alude Pierre Nord, *los soviéticos llevan una indiscutible ventaja por las razones que acabamos de enumerar*. No sería imposible que por medio de persistentes y hábiles campañas desinformativas (desarme unilateral, pretendida "agresividad" del mundo capitalista, guerra de las galaxias, etc.) y aprovechando además las circunstancias internas de los países democráticos, se llegase a crear poco a poco una situación de inferioridad político-militar del mundo occidental que proporcionase éxitos importantes al imperialismo soviético. No pocos autores y hombres de Estado han pensado en esta posibilidad, entre ellos el ex Presidente Richard Nixon que describe: "La estrategia soviética consiste en desmoralizar y luego aniquilar. Quieren que la Tercera Guerra Mundial termine con un gemido y no con un estallido".

El desequilibrio informativo existe no solamente entre Occidente y el bloque soviético, sino *también entre Occidente y el Tercer Mundo*, debido al hecho de que los medios humanos y materiales, necesarios para organizar las

informaciones, su distribución, su publicación y difusión, son tan enormes, que sólo los países desarrollados, industrial y comercialmente, pueden organizar las agencias de alcance universal y los medios de difusión multitudinarios que hoy día se requieren. No hay tanta intención de predominio informativo como la dura realidad económica. Sin embargo, América Latina viene siendo desde la aparición de la prensa el caballo de batalla de la desinformación en el mundo. Su complejidad de culturas, la heterodoxia de sus costumbres, la riqueza potencial y ubérrima de sus posibilidades materiales, económicas, espirituales y sociales, la han colocado desde siempre en el "ojo del huracán" de los países industrializados que ven en cada una de esas posibilidades un caudal virgen, en la mayoría de los casos sin explotar, y con vistas de perennes beneficios.

Por ello, el tratamiento que tradicionalmente se viene dando a la información que produce y recibe posee asimismo cotas inimaginables de interés para toda estrategia desinformativa, ya sea con fines comerciales o ideológicos.

Si a ello añadimos que aún vienen dándose en ella, eso sí con carácter residual, formas de gobierno autoritarias, todos estos factores la convierten en tema de fácil explotación ideológica que utilizado adecuadamente, a través de los medios de comunicación de masas, le dan un aspecto morboso y ambiguo, muy fácil de capitalizar por medio de las tradicionales técnicas de persuasión y motivación de la opinión.

Esa arma estratégica que es la prensa escrita o audiovisual colabora sutil y pertinazmente en ese eterno conflicto que, como nos dice Glucksman, es, esa guerra que cada día "se torna más y más espiritual. No porque el espíritu modere la guerra, sino porque él mismo, el espíritu, se torna cada vez más profundamente guerrero"... "no es simplemente objeto de la inteligencia, se convierte en el secreto poder de la inteligencia".

UN EJEMPLO DE ACCION DESINFORMATIVA: EL VIAJE PAPAL A CHILE

Hemos seguido muy de cerca uno de los temas informativos más polémicos de este año, cuyo país protagonista ha sido precisamente Chile.

Las expectativas periodísticas que despertó el viaje del Pontífice a estas tierras difícilmente podrán volver a suscitarse.

En su interesante seguimiento de la noticia el señor Valdivieso Ariztía dice en *La Segunda* de Santiago, que en el tratamiento de la información de esos días "se ha desistido ya de todo afán al respeto para descansar exclusivamente en la mentira". Y disiento de su criterio, porque de entre las líneas que él escribe entre el 14 y 28 de abril se desprende que sí se dio en los periódicos un factor muy importante para la detección de la desinformación: la libre circulación de la información, la cobertura masiva de la noticia y el acceso de los especialistas al campo de acción.

También afirma el señor Valdivieso que "las distintas técnicas desinformativas contienen generalmente algún grano de verdad" a lo que yo apunto que no siempre; hay muchos casos en la historia del periodismo universal en los que el hecho ha sido creado expresamente para montar una determinada estrategia a su alrededor; pero lo que importa aquí es que en la información

que en Europa, y concretamente España, asumió el caudal de lectores, había material suficiente para establecer criterios claros y detectar la situación exacta. El “grano de verdad” era, qué duda cabe, que se pretendió convertir ese viaje en una tragedia masiva, ya que el único muerto fue un poblador y en Santa Mónica, y no en el Parque O’Higgins el 30 de abril.

No sé si se trató de un hecho creado, el de esta muerte inútil, pero Chile respondió con cautela a esas y otras agresiones.

El diario *El País*, que cubrió la información con al menos tres personas, Francesc Valls, Manuel Délano y Juan Arias, muestra una tendencia fundamentalmente omnívora de la información, abrumando a los lectores con profusión de detalles algunas veces escatológicos.

También es cierto que Délano reconoce que se trata éste “del viaje más conflictivo del Papa junto con el de Polonia” y que Juan Arias pone en boca del Pontífice que “la dictadura polaca es más dura que la chilena y sin visos de solución”. Juan Arias, cuyas crónicas más aceptables, en un intento de ponderación propia de la persona que conoce bien la Iglesia, expresa la preocupación que impera “por la dimensión política de este periplo de paz”. Y si bien constata que la recepción en el aeropuerto daba la impresión de frío formal, “fuera del aeropuerto explota la alegría y el fervor”, resaltando “los pasquines del PC arrugados en el suelo”.

Francesc Valls, cuando relata las palabras del representante de Pedro en la tierra, habla de que “lo que necesita Chile es reconciliación fraterna”, anotando que “estas palabras calmarán los ánimos”. Palabras de paz y concordia por encima de estrategias desinformativas más o menos disimuladas.

El 3 de abril *El País* publica también una moderada entrevista, que Francesc Valls hace a Monseñor Camus, Obispo de Linares, donde Monseñor reconoce “las tensiones surgidas durante la preparación de la visita”, si bien destaca que “ha habido un clima de colaboración” y que “ha existido el compromiso de obviar problemas”, aunque advierte al Papa que “deberá tener más cuidado para no ser mal interpretado”.

El 5 de abril la profusa crónica de Juan Arias es especialmente importante. Bajo el título de “Una Cruz en el Mar”, recoge las palabras de Juan Pablo II en lo que el cronista dice podría ser “el llamamiento a la resistencia moral de los chilenos” y que por extensión bien podría aplicarse a la resistencia de los oriundos de cualquier país de los oprimidos en el planeta:

“Oh, Chile, consciente cada vez más de las exigencias de la fidelidad a Cristo, no dudes en resistir. ¿A quién? :

A la tentación de quienes quieren olvidar su vocación cristiana para buscar modelos sociales que prescinden de ella o la contradicen...

A la seducción de las ideologías que pretenden sustituir la visión cristiana con los ídolos del poder y la violencia, de la riqueza y el placer...

Al egoísmo de los opulentos que se aferran a un presente privilegiado de minorías, mientras vastos sectores populares soportan difíciles y hasta dramáticas condiciones de vida...

A las interferencias de potencias extranjeras que siguen sus propios intereses económicos de bloque, o ideológicos y reducen a los pueblos a campos de maniobra al servicio de sus propias estrategias...”

Y así sucesivamente, hasta ocho, los oportunos presupuestos de resistencia moral aplicables a muchos más países del orbe de los que es de desear.

Perdonen el largo inciso, pero desde la posición de profesional cristiana, debo añadir que considero fundamental un hecho que ya he expresado: *Desde Chile se informó* y ello es una realidad que por sí misma ya sienta la premisa del “grano de verdad” a que alude mi admirado colega chileno el Sr. Valdivieso Ariztía.

Dice el profesor Desantes Guanter que “la verdad es una y la no verdad, múltiple” y que, por tanto, “múltiples serán las formas de convertir la verdad en no verdad”. Por ello el único recurso de defensa contra la desinformación es esa tan importante como denostada “libre circulación de la información” en la que el público puede encontrar el equilibrio entre lo que le ofrecen y lo que interpreta.

He leído también una importante monografía de Cristina Ferrer en la revista *Qué Pasa* del 23 al 29 de abril de 1987 y digo importante no en base a que la periodista tiene la amabilidad de citar a esta ponente en el epígrafe que dedica a la intencionalidad, sino desde el punto de vista exclusivamente técnico. Recoge en su mensaje el modelo clásico griego de discurso con una tesis debidamente contrastada por la razonada antítesis y extrayendo de ambas una serie de conclusiones valientes, profesionales y sagaces. Permítanme este desliz solidario ante mi —igual que la de la autora— condición femenina. Dice Cristina Ferrer “que la prensa internacional tiene a Chile en la mira” y que su país en la jerga periodística de un colega es uno de los “cuatro focos noticiosos que concentran permanentemente la atención de los medios de comunicación”, y recuerda que “no se pide no informar sobre los problemas reales y concretos que vive la población. Por el contrario, se reconocen los esfuerzos sinceros de la prensa internacional por dar a conocer la realidad nacional. Se exige, eso sí, veracidad. El público es un juez implacable”... Así es. Una nación culta tiene como volumen receptor de los *media* un público implacable. Sus juicios serán los que designen el mandato que depositarán en el medio. Ese mandato al que alude en su obra el profesor Desantes y cuyo fundamento es la confianza. Ese mandato de características diferentes al mandato político que abarca un campo más amplio y cuyo fin puede suceder de manera automática. Al no producirse la adquisición del periódico o revista, o, simplemente, al no prender el interruptor del aparato de radio o televisión, se está produciendo inequívocamente la rescisión de ese mandato y, por tanto, ese acto de omisión se verá reflejado de inmediato en cualquier índice de audiencia o de demanda informativa. Será en base a la retención a ultranza de ese mandato informativo por lo que los periódicos, ya sean progresistas o conservadores, con el *YA* y el *ABC* españoles, han utilizado la bandera ambigua y explosiva de este viaje de paz y amor fraterno.

Todos, más o menos, han utilizado las más pertinaces y sofisticadas técnicas desinformativas, ofreciendo consumo de información más que información “asintóticamente veraz”.

Aquí vengo a derivar en el tratamiento que la revista española *Cambio 16* dedicó al tema que nos ocupa en el Nº 802 del 13 de abril. Jorge Edwards reconoce “la libertad de expresión y edición en Chile” e incluso destaca que “*El Mercurio*, diario de la derecha, ha publicado entrevistas exclusivas de Luis Corvalán, jefe del comunismo chileno”, y cuando acusa a sus amigos de la Península de “contemplar el régimen chileno con los esquemas de la época franquista”, yo me permito utilizar ese paralelismo para introducir la siguiente aseveración: Santiago Carrillo no tuvo nunca la oportunidad de ser entrevistado por el *ABC*, diario conservador español, durante el régimen del General Franco. Y aunque la revista *Cambio 16*, a través de Norma Moradini, ofrece la semblanza de los hechos con relativo rigor y de éste y del de Edwards venga a desprenderse el deslizamiento desinformativo por omisión de la televisión chilena y de la prensa diaria en el caso de los empresarios y economistas de derecha que “invitan a participar en un foro a tres o cuatro economistas socialistas”, utilizando luego las “candorosas palabras de éstos” para rentabilizarlas informativamente en favor del *statu quo*, no es difícil seguir constatando que de esa “libre circulación”, qué duda cabe, toda aquella persona o institución que desempeñe el poder va a utilizarla “arrimando el ascua a su sardina” como dice el antiguo refrán castellano, pero ahí —y en la carta del Embajador de Chile en España que la misma revista publica el día 6 de abril en la que el Sr. Campos Menéndez dispone de espacio suficiente para rebatir un artículo publicado en la misma sobre Chile por el presidente de la Comunidad Autónoma de Madrid, Sr. Leguina—, están bien claramente expresados esos mecanismos de retroacción o de *feed-back* tan necesarios y, por otra parte, presentes en la realidad informativa de este país hermano. Allí, en España, aquí en Chile y en algunos otros países de América Latina como bien lo demuestra Cristina Ferrer en la crónica que he mencionado.

Quisiera cerrar este capítulo con las acertadísimas afirmaciones de mi compañero en las tareas docentes e informativas y, sin embargo, amigo, Tomás Mac Hale en *El Mercurio* de Santiago la semana del 16 al 22 de abril de 1987: “Una forma calificada de averiar la libertad de expresión indispensable en toda sociedad es desprestigiarla por irresponsabilidades sostenidas, máxime si las acreditan muchas personas a la vez”...; “los que por ideología, frivolidad o lucro, dieron una visión distorsionada de Chile durante la visita del Sumo Pontífice, tal vez disfrutaron de su visita aquí. Pero hay que agregar que, a la vez, lograron para la profesión periodística —considerada como arquetipo— una dosis considerada de descrédito”...; “triste privilegio... injusto con tantos genuinos profesionales chilenos que aún en condiciones adversas, sirven lealmente a la verdad...”, “que en palabras de S.S. Juan Pablo II es nada menos que fuerza de la paz”.

DESINFORMACION SOBRE LA INFORMACION Y LA CULTURA

Bajo la influencia de la ideología marxista-leninista, se ha llegado a considerar en el Tercer Mundo el desarrollo de los medios de comunicación occidentales como una forma de “neocolonialismo”, de “monopolio capitalista”, de “imperialismo informativo”. En el curso de los años 70 numerosos autores y publicaciones preconizaron el “Nuevo Orden de la

Información". Schiller, profesor en la Universidad de California y colaborador del Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales, decía: "Los principales mecanismos del sistema opresor son la *libre circulación de la información* y la tecnología". Por su parte, Serguei Losev, a la sazón delegado soviético en la Comisión Internacional para el Estudio de la Comunicación, afirmaba: "Es enojoso recurrir a fórmulas ya superadas y manidas, como el concepto de la libre circulación de la información".

Asistimos entonces a una verdadera desinformación sobre la información y la cultura que no aprovecha más que a los regímenes totalitarios, ya sea tipo soviético, o iraní, país éste donde la libre circulación de las noticias podría poner en peligro la teocracia de Jomeini. El "Libro Verde" es un magnífico modelo de literatura desinformativa: "Europa —dice— no es más que un conjunto de dictaduras llenas de injusticias..." Los arqueólogos, historiadores y estudiosos orientalistas que tanto han hecho para la comprensión entre los pueblos, su pasado y su cultura, no son para él más que "agentes al servicio del imperialismo"... Pasajes enteros del libro de Jomeini podrían servir para redactar un verdadero "Manual de la actividad desinformativa ejemplar".

La desinformación en el dominio cultural no parece ser exclusiva de los países tercermundistas. En nuestra búsqueda bibliográfica hemos encontrado el libro "La Desinformation Scolaire". En él, Bonilauri nos muestra el panorama de la enseñanza francesa en sus diversas categorías durante el transcurso de la última década: "Se quiere inculcar, pero no transmitir. La formación hace sitio al adiestramiento. Imponiendo a los alumnos una representación embellecida del régimen soviético duplicado de una imagen esencialmente falsa del liberalismo, desnaturalizando la expresión del pluralismo, ¿la educación desinformadora es fiel a los valores de una sociedad occidental tolerante, activa y creativa?"

"Los manuales de enseñanza secundaria idealizan a la URSS hasta ser incluso desmentidos por las reflexiones de los observadores soviéticos..."

Este autor, preocupado por la lectura que de la economía, la historia y otras disciplinas se está introduciendo en los alumnos franceses de cualquiera de los ciclos, teme que los escritores disidentes con sus testimonios en prejuicio o con razón "juzguen que la inadaptación intelectual y política de las naciones democráticas pueda ofrecer al totalitarismo nuevas posibilidades y futuro". Finalmente viene a recoger dos consideraciones de importancia que me atrevo a incluir en este estudio, refiriéndose a la necesidad de libertad de expresión en los textos de enseñanza; dice: "Francamente hostil a la aplicación de la censura, Marx, en sus escritos de juventud se pregunta si la libertad de prensa debe ser el privilegio de algunos individuos o un derecho del espíritu humano" y enlazando con esta frase "ante la amenaza totalitaria, las democracias tienen que defender su individualidad, la preservación de una instrucción libre y fecunda representará siempre un instrumento de salud. En este cuarto de siglo, caracterizado por la expansión de las ciencias y de la disidencia comunista, la desinformación significa el naufragio de la inteligencia y la subversión de la moral democrática".

Su preocupación, justificada por cierto, parece haberse relajado en los últimos tres años donde la influencia de las teorías socialistas en la bibliografía escolar ha descendido, si no espectacular sí sensiblemente. Y en efecto coincidimos con Bonilauri en que la desinformación significa "el

nafragio de la inteligencia", precisando que ese naufragio será causado por la misma inteligencia de unos pocos en contra de las de todos los que acceden a la cultura y enseñanza bajo estas estrategias.

Como en toda actividad humana, en la desinformación hay también momentos de mayor y otros de menor intensidad. Después de un largo período —durante el cual se desinformó con éxito desde varios centros— parece que hemos entrado afortunadamente en una fase más crítica.

Esto se debe en primer lugar al esfuerzo incansable de varios autores, especialmente franceses. Volkov, con su libro "La desinformación, arma de la guerra", publicado el año pasado y en el cual encontramos una recopilación de todas las obras que en los últimos años se han ocupado de la desinformación. Destaca François Revel en "Cómo terminan las democracias", para las cuales el autor reconoce como principal peligro la desinformación, tanto del público como de los grupos dirigentes, lo que las hace especialmente vulnerables a través de la misma circulación de la información.

Michel Legris, organizador de la ya desaparecida "Asociación para la Lectura Crítica de la Prensa", se ocupó de los reportajes de *Le Monde*, donde éste cuenta la revolución de los Khmers Rojos en Camboya de un modo desinformativo. Con esta ocasión Legris llama la atención sobre la diferencia entre la objetividad sincera y la objetividad aparente, que es una de las formas más sutiles de desinformación. Michel Heller, fugado de los campos de concentración soviéticos, analiza detenidamente la acción desinformativa del KGB y llega a la conclusión de que "la particularidad de la desinformación soviética es que se alimenta de la actitud de Occidente, que una vez desinformado por la impulsión de Moscú, sigue desinformándose a sí mismo".

Citaremos en el terreno narrativo "Iceberg", de los americanos Borchgrave y Moss, "Homo Sovieticus" de Zinoviev y "El Montaje" del mismo Volkov, todos publicados después de 1980.

Alemania también ofrece obras dedicadas a la desinformación y a sus estragos, como el "Manual de autodefensa comunicativa", de Resmesch y Schmandt, traducido al castellano.

Otros autores alemanes han preferido concentrarse en el tema de la "objetividad", que permite realizar consideraciones filosóficas, frecuentemente desalentadoras, ya que al mantener como utópica la objetividad, llegan a negarla del todo. Abren así —quizás a pesar suyo— las puertas a una legitimación filosófica de la desinformación (véase el libro de Bentele y Ruoff: "¿Son objetivos nuestros *media*?").

Mientras se considera la desinformación como un "arma de guerra" es posible luchar con éxito contra ella; en cambio, si se llega a su legitimación filosófica, todo camino hacia una "información veraz" quedará restringido, llegando así a la situación que caracteriza a los regímenes totalitarios: el dominio de una minoría informada sobre una mayoría desinformada.

CONCLUSIONES

Para no llegar a esta nueva forma de esclavitud se viene desarrollando con éxito desde hace diez años el esfuerzo de los autores y periodistas ya citados. Han conseguido despertar la atención de la opinión y los que

pretenden desinformar lo tienen actualmente mucho más difícil. El sentido crítico se ha incrementado en las opiniones occidentales. Conscientes de este interés, lo elegimos para estudio en nuestra tesis doctoral y poco después, en 1985, publicamos nuestro primer volumen de "Teoría de la Desinformación" (Ed. Alhambra), que fue el primer libro español dedicado a este tema, y próxima la aparición de uno nuevo, "Dos siglos de desinformación en la historia".

Aparte de publicaciones diversas y artículos dedicados a combatir la desinformación se ha recurrido a la creación —en algunos órganos periodísticos— de la figura que protege al lector de los abusos de los *media* y de la desinformación. A raíz del escándalo Cooke, que tuvo lugar en los EE.UU. con ocasión de la concesión del Premio Pulitzer en 1980, el Congreso de Periodistas decidió la creación del *Ombudsman*. Recientemente se han reunido en Louisville los "ombudsmen" de varios países, confirmando la utilidad y eficacia de esta figura, lamentando por otro lado que sean aún pocos los periódicos que la ponen a disposición de sus lectores, ya que en EE.UU. —de casi dos mil periódicos— sólo treinta disponen de él.

En toda la prensa de habla hispana sólo conocemos un diario que ofrece "ombudsman presse". Se trata del diario *El País*, aunque hasta la fecha sólo parece haberse ocupado de precisiones semánticas y documentales. El pasado 15 de noviembre fue designado Jesús de la Serna, veterano periodista y persona acreditada en todo círculo de la Península, nuevo "ombudsman presse" de dicho matutino.

Suecia, sin embargo, cuenta con dos personas que en connivencia con el Colegio de Abogados y nombradas por el Gobierno protegen a los lectores de eventuales agresiones informativas.

Podemos decir que hoy día se ha tomado conciencia, en círculos intelectuales bastante amplios, de lo que es y del peligro que entraña la desinformación. Lejos parecen ya los tiempos cuando, gracias a hábiles campañas desinformativas, la mayor parte de la intelectualidad francesa pretendía que los campos de concentración eran "campos de reeducación"; tiempos en que los universitarios alemanes estaban convencidos de que la revolución cultural china era "un ejemplo a imitar", o cuando determinados círculos políticos americanos sostenían que Mao Tse-tung no era comunista sino un "simple reformador agrario".

Desde algunos meses parece que se registran hechos en el mundo internacional que permiten pensar en una reducción de la conflictividad entre los dos bloques y, por consiguiente, quizás también en la actividad desinformativa. Conversaciones cada vez más frecuentes entre altos funcionarios soviéticos y americanos; reformas de liberalización económica; manifestaciones contra la ocupación soviética en Letonia y presencia de periodistas extranjeros; visita de personalidades estadounidenses a instalaciones militares soviéticas: la "perestroika" en acción. No olvidemos la apertura hacia Occidente de China. Todas estas situaciones facilitan la circulación de las noticias y dificultan aparentemente el desarrollo de las acciones y estrategias desinformativas. A pesar del pesimismo del ex profesor Groys, creemos que se puede hablar de una apertura, relativa, pero apertura al fin.

Sin embargo, los observadores occidentales, ya lo hemos visto, son reticentes a esta nueva fase en el entorno internacional. Observan que los momentos de "distensión" anteriores siempre fueron transitorios: Krushev

es “desestalinizado” y tiene lugar la invasión de Hungría. En los albores de la revolución bolchevique Lenin introduce reformas de liberalización agraria, que pocos años después Stalin neutraliza con la total colectivización agraria.

La realidad es que si gracias a las campañas antidesinformativas mencionadas anteriormente, bien por las necesidades de supervivencia económica en los países marxistas, o bien por ventajas a alcanzar en las negociaciones que se llevan actualmente entre Este y Oeste, la desinformación se utiliza *menos en el dominio de los hechos, aunque sin duda subyacen en el de las intenciones.*

¿Se quiere llegar a un desarme nuclear real, o se desea disuadir al otro bloque de la suspensión de la iniciativa de defensa estratégica? ¿Se ha abandonado el intento de desconectar la defensa europea de la americana? ¿Las negociaciones de desarme incluirán también las armas convencionales, cuya amenaza pesa sobre Europa? Y, desde luego el *problema fundamental*: Aunque los líderes estén interesados en reducir la costosísima carrera armamentista, ¿significa también que renuncian a la “guerra de recambio”? ¿Dejarán unos de acaudillar un proceso revolucionario mundial, con sus bases políticas en todos los países, y bases político-militares y los otros desarrollarse las economías y los gobiernos de los países a los que teóricamente ayudan con su dinero? ¿Cesarán los bombardeos de la aviación soviética en Pakistán? ¿Se retirará Vietnam a sus fronteras? ¿Habrá un desarme en el proceso revolucionario correspondiente al desarme militar proyectado? En otras palabras: ¿El imperialismo soviético renunciará a su meta proclamada en 1917 y perseguida desde entonces sin remisión? ¿El imperialismo económico de los Estados Unidos dejará respirar a los países donde reina económicamente? ¿Podrán éstos desarrollar sus políticas interiores sin injerencias americanas?

Nada permite afirmarlo actualmente y nos parece una de las más amplias omisiones desinformativas: el silencio intencionado que de ambos lados se guarda a este respecto. Por parte de los soviéticos nos parece la tónica normal; por parte de los occidentales nos lleva a recordar las palabras antes citadas de Michel Heller: “Que Occidente una vez desinformado por Moscú, sigue desinformándose a sí mismo”.

He comenzado esta ponencia trayendo a este foro académico otro foro español y así quiero terminar su camino.

He hablado de la casuística de la desinformación y me he callado las reticencias que la misma produce en ambientes no sólo académicos sino empresariales, políticos y económicos. He hablado de la dificultad que entraña encontrar la objetividad desde los medios, más lejana cuanto más amplio espectro abarcan estos medios; pero quiero hacer hincapié en unas últimas y esenciales definiciones: si publicidad es “información persuasiva con fines comerciales” y propaganda es “información persuasiva con fines ideológicos” y si “información es el mensaje que reduce la incertidumbre del receptor” según la fórmula ya clásica de McKay, *pretendo, a través de mi obra presente y sucesiva, que el concepto de “desinformación” sea admitido sin reticencias por los profesionales y responsables de la comunicación tal como se recoge en el Diccionario Manual e Ilustrado de la Real Academia de la Lengua: “dar información intencionadamente manipulada al servicio de ciertos fines”, a fin de que, definida correctamente, se posibilite su conocimiento por los profesionales y eventuales especialistas y no circule*

como un sentimiento, una impresión, una reticencia o un mandato, ya sea comercial, económico o ideológico, sino como una realidad concreta lejos de cualquier abstracción dispersante y difuminadora.

Con ello se evitarán sus efectos y, por tanto, que “se vea aumentada la incertidumbre de los receptores situándoles en la escena que el emisor desea con la opinión prevista y determinada por éste”.

El profesor Alfonso Nieto, Rector de la Universidad de Navarra, ha dicho recordando a Volkov: “Quienes tienen las llaves de la desinformación deben tener las de la información y las llaves de la información son las llaves del mundo”.

Hacemos nuestra la lucha que conduzca a la obtención de una información veraz para el pueblo como derecho humano esencial y, asimismo, la búsqueda de la verdad asintótica a que alude José María Desantes, y que nos aproximará día a día a esa VERDAD, premisa fundamental para la paz y el orden entre los pueblos del mundo.